LAS/12

MUJERES EN PÁGINA/12
26 DE MAYO DE 2000
AÑO 3
NÚMERO 111

Los Vengadores en exposición
Norma Morandini y su pantalla
Alaia, el maestro en miniatura

HISTORIA DE LA MISOGINIA

hoy como ayer

POR MOIRA SOTO

El retintín contra la inferioridad de las mujeres parece del siglo pasado, pero tanto en la vida diaria, la publicidad, la política, el arte, parece mutar como el virus *I love you* para mantenerse siempre vigente. El libro *Historia de la misoginia*, escrito por Esperanza Bosch, Victoria Fesrer y Margarita Gili (Editorial Anthropos, Barcelona) estudia cómo el sexismo funciona para mantener un sistema social y cultural asimétrico. En la Argentina muchos confirman sus tesis.

Es el aire (viciado) que se respira, el agua (envenenada) que se bebe, el pan (enmohecido) cotidiano. La misoginia –el odio, el temor, el rechazo, el desprecio hacia las mujeres– goza de renovada salud aquí y ahora. Tanto en la vida diaria como en ciertas formas del espectáculo, en el mundo del arte y en los medios, en la publicidad y en la política. La subestimación hacia las mujeres, en ocasiones la evidente aversión, se manifiesta en la exclusión, la desvalorización, la explotación, la violencia, el chiste sexista reiterado. Episodios públicos recientes como el lanzamiento de la nueva programación de Canal 7, con aplastante mayoría masculina en la conducción de los distintos programas, o la inclusión de sólo dos mujeres artistas en una lista de dieciocho personas para que el público votara en la feria de Arte BA al "artista argentino del siglo", son más muestras contundentes de lo naturalizada que está la misoginia. De todos modos, vale señalar que en los dos casos, se produjeron protestas (periodistas y afiches onda las Guerrilla Girls), pero sólo desde las propias damnificadas, las mujeres. Empero, no todo está perdido del lado de los varones: como se comprobará a través de esta nota, es posible encontrar representantes de la otra mitad de la humanidad capaces de reconocer que no es de humanos ejercer la misoginia.

"Desde Aristóteles a Freud, y posteriormente, tanto en la alta cultura como en el saber popular, los estereotipos que denigran a la mujer han sido estándar", dice Bonnie S. Anderson, profesora de Historia de la mujeres de la Universidad de Nueva York, en el prólogo de la muy interesante *Historia de la misoginia*, escrita por Esperanza Bosch, Victoria Fesrer y Margarita Gili, profesoras de psicología de la Universitat de les Illes Balears (Editorial Anthropos, Barcelona). Bonnie recuerda que hace ya tres décadas que los académicos, inspirados por el movimiento de liberación de la mujer, empezaron a estudiar "como funciona la misoginia para mantener el sistema social y cultural asimétrico construido sobre la discriminación de la mujer".

Esta sucinta (250 páginas) pero sustanciosa y abarcadora *Historia de la misoginia* describe cómo, a lo largo de los siglos, diferentes pensadores de gran relevancia e influencia recogieron y trasmitieron en su obra la idea de que la mujer es inferior al hombre, a nivel biológico, intelectual y moral. En otros capítulos, se analiza la forma en que la psicología asume, sin cuestionarlos, estos supuestos misóginos y los incorpora a sus teorías; se revisa la imagen de las mujeres en regímenes totalitarios como el nazismo y el fascismo, sin dejar de lado los mitos (Pandora, Eva) endilgan a la mujer toda la responsabilidad por los males de este mundo. Considerada puerta del diablo por los padres de la Iglesia en general, a la mujer se le propone el modelo e inalcanzable, María, virgen y madre."No dejarás con vida a la bruja", indica el Exodo (Antiguo Testamento) y el proceso inquisitorial iniciado por el papa Inocencio III, en 1199, se toma muy a pecho esa sentencia, después de las luchas contra herejías cátara y albigense: en 1252, Inocencio IV autoriza torturas atroces, que en innumerables casos culminan en las llamas de las que fueron víctimas una abrumadora cantidad de mujeres. "Sin duda, podemos considerar a la Inquisición como un auténtico enemigo de la emancipación de la mujer", dicen las autoras de esta *Historia...* "Mitos, creencias irracionales, tradiciones nunca puestas en duda, toda esta triste carga de desprecio fue extendiéndose como una tenebrosa mancha de aceite, siendo muy escasas las voces que intentaron poner diques a la sinrazón".

REFRANERO IBERICO

"Del mar mucha sal, de las mujeres mucho mal."

"La mujer honrada, la pata quebrada y en casa."

"Asno y mujer, el garrote los hace buenos."

"La mujer y el vino sacan al hombre de tino."

"Mujer que habla latín rara vez tiene buen fin."

"La mujer y la gallina, hasta la casa de la vecina."

"La mujer, rogada; y la olla, reposada" (rogada por recatada).

"La mujer como la mula, la boca ensangrentada" (se refiere al bocado tirante que se pone al animal para domarlo).

"La mujer como el viento cambia a cada momento."

"El melón y la mujer son malos de conocer."

DESMISOGINIZAR AL MEDIO AMBIENTE

"La misoginia tiene raíces muy profundas en la psicología individual colectiva que no estoy en condición de analizar a fondo", declara Alicia Castro, diputada por la Alianza. "Pero puedo referirme a las representaciones sociales de la misoginia, al machismo en el trabajo, en el sindicato, en la política: se relega a la mujer a funciones tenidas por subalternas vinculadas con la limpieza, el orden, la alimentación, la administración de cosas presuntamente sencillas. Y en ese error, se otorga un papel secundario en funciones que son centrales en una sociedad, como el cuidado de los niños, la educación. Es que sigue navegando en el inconsciente colectivo una prejuiciosa diferenciación entre las cosas de hombres, 'serias', como la economía, las políticas de Estado, las guerras, las cuestiones estratégicas. Y por el otro lado, las cosas de mujeres, desde luego menos importantes."

Castro señala la escasa participación de las mujeres en el sindicalismo, bastión masculino por excelencia junto a la actividad propiamente política. Sin embargo, opina la diputada, "se están produciendo cambios, pero desde afuera hacia adentro. Los políticos les hacen lugar a las mujeres que ejecutan lo que ellos –los hombres– establecen y predican. Es decir, aceptan a los que los pueden representar. Hasta hace poco se buscaba a mujeres para cubrir el cupo obligatorio en las listas. Más recientemente los partidos han debido salir en pos de mujeres para ubicarlas en puestos importantes con el fin de recaudar más votos. Evidentemente, para producir verdaderos cambios hay que empezar a superar prejuicios claramente misóginos. Sólo



ACROSTICO

M= Mal de males.
U= (usada como V) Vanidad de vanidades.
L= Lujuria de lujurias.
I= Ira de la ira.
E= Erinia de las erinias (la furia).
R= Ruina de los reinos.
(*Definición de la mujer en un antiguo* Manual de Confesores.)

cuando desaparezca de verdad la misoginia, las mujeres podremos ser auténticas actoras sociales del cambio que una parte importante de la sociedad está reclamando".

Para Patricia Gómez –profesora de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA, asesora de la Defensoría de Pueblo– el problema con la misoginia imperante es que "los cambios legislativos que se pueden hacer parecen ir más adelante que la modificación de las partes de conducta. Entonces siguen subyaciendo, subsistiendo comportamientos misóginos: hay que considerar que es una situación aceptada por muchas mujeres porque forma parte de una socialización que se inicia durante la infancia y se naturaliza en el curso de la adolescencia y la adultez".

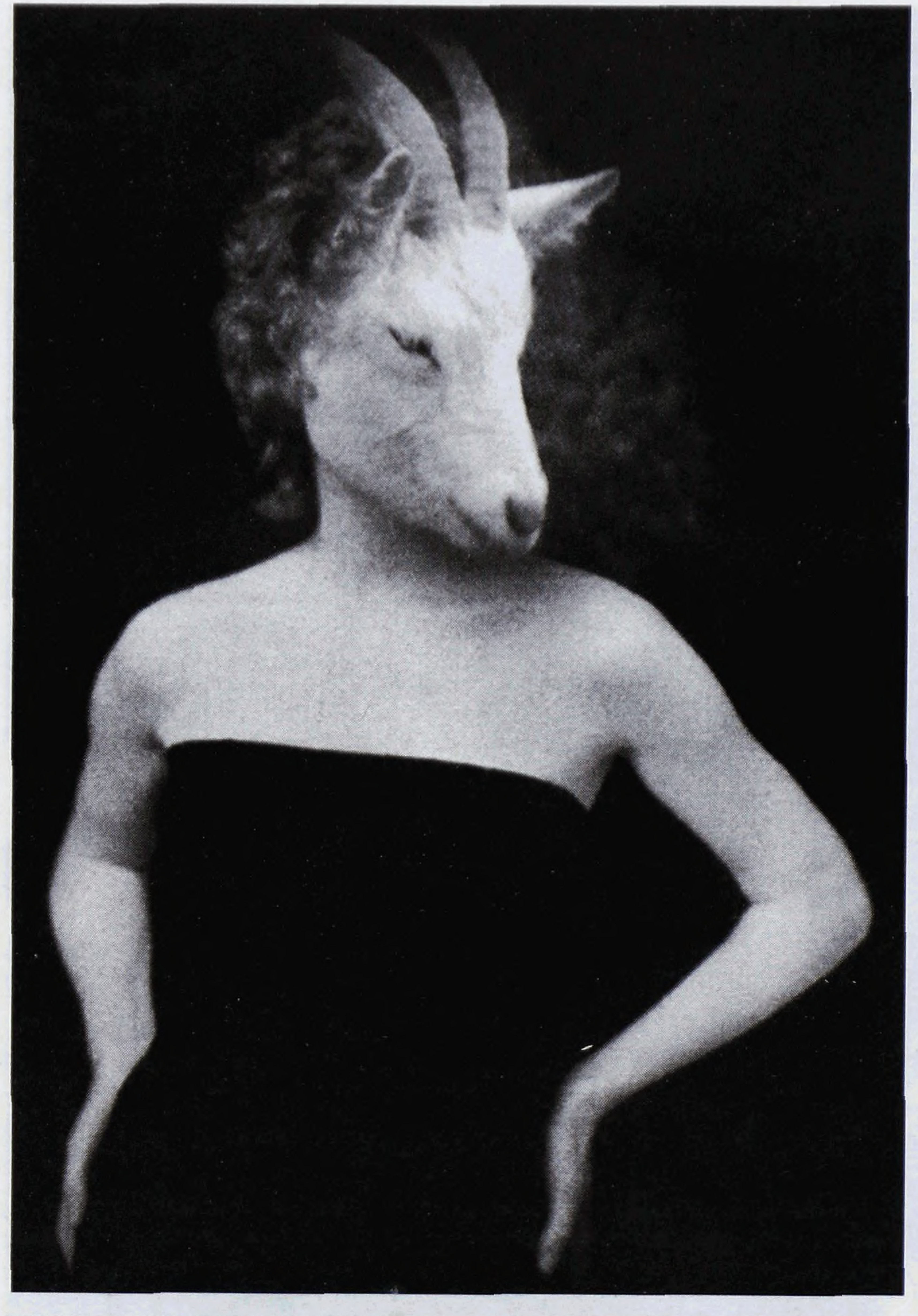
En opinión de la profesora Gómez, si bien el Estado debe colaborar en la modificación de estas pautas de conducta con la promoción de planes de igualdad, resulta imprescindible un compromiso social que acompañe: "Quizás me arriesgue al decirlo, pero creo que buena parte de quienes votaron la ley 24.012, la de cupos, los hicieron más por una obligación de tipo político, que por propia convicción. Sin duda esta ley abrió el camino a temáticas no tratadas hasta entonces. No prohibidas sino silenciadas porque la misoginia que circula en la política no les asignaba importancia. Así, se han transformado algunas normas de comportamiento, y hoy no es raro escuchar a una mujer argumentando en la Cámara de Diputados. Pero sigue siendo extraño que una mujer opine en una reunión de directorio de empresa. Por eso, además de los cambios legislativos, se requiere un nuevo contrato social en el que haya un pie de igualdad entre varones y mujeres, y donde determinados comportamientos no son sólo políticamente incorrectos, sino que además exista un acuerdo general sobre cuáles son socialmente aceptados y cuáles no".

Alicia Castro encuentra que hay "muchas batallas pendientes porque el tema es muy amplio. Ultimamente, para poner un ejemplo, me escandalizó el aviso en que una prostituta, para vender una página de Internet, ofrece sus servicios a chicos jóvenes y va abaratando sus servicios a medida que se suman, hasta que aparece el padre, también consumidor de la equívoca oferta". Patricia Gómez cree que en las expresiones del humor es donde con mayor frecuencia aflora la misoginia, "aunque también se podría mencionar el periodismo, donde rara vez una mujer conduce, opina en política, produce la noticia. El de los medios de comunicación es uno de los ámbitos donde la misoginia está más fuertemente preestablecida. Por supuesto, la violencia contra la mujer es una manifestación extrema de este estado de cosas."

QUE LOS HAY, LOS HAY

José Luis Mangieri –poeta, editor de *La rosa blindada*– afirma con voz clara y potente que nunca fue misógino gracias a la imagen que recibió de su madre, pese a la sumisión inevitable de ella al padre, "un obrero anarquista, muy buen tipo, pero que no levantaba un papel del suelo. Desde chico desarrollé un gran respeto hacia las mujeres: no es demagogia, es la realidad. Naturalmente, viví manifestaciones de misoginia en distintos ámbitos, pero me funcionó la vacuna de mi vieja: la veía luchar a diario, con gran dignidad, asumir sus responsabilidades dentro, claro, de su condición de mujer postergada. Porque bastaba una mirada de mi viejo para imponerse con todo el poder del patriarcado".

Las cosas parecen menos simples y fáciles cuando se trata de estimar y respetar de igual a igual: "Sucede que ahora a los tipos les cambiaron la música en la mitad del baile, lo



que les crea una inseguridad que quizás los lleva a reafirmarse en actitudes de subestimación hacia la mujer. Al tener ellas independencia económica y libertad sexual, se ha producido una transformación enorme en la mujer. Es verdad que la violencia contra ella no cede, pero allí creo que ya hay que hablar de patología. Aunque queda mucho por andar, creo que se ha avanzado bastante. Al menos, en los últimos años se han instalado y debatido estos temas de los que antes no se hablaba en absoluto". Como marido de la conocida feminista Lea Fletcher, Mangieri afirma que "estar al lado de una mujer inteligente es un privilegio. Pero no siempre es fácil porque a uno también le sale el monstruito por más que lo controle bastante con la cultura, con la ideología. Es que uno trae una formación de la casa paterna, de los abuelos, de cuando una mujer casi no tenía voz... Y ahora me encuentro con que me discuten en privado y en público, en un plano de total igualdad. A veces no me hace mucha gracia, pero nunca dudo de que es más atractiva una mujer que tiene sus propios intereses, su carrera, incluso sus ideas, aunque algunas sean diferentes de las mías".

"A mí la misoginia me parece una simplificación penosa, ésa es la primera observación que se ocurre esta tarde, entre una reunión y otra", responde Alberto Moretti, profesor de lógica. "Las simplificaciones hacen la vida más tranquila y apacible, es verdad. Pero en el caso particular de la misoginia, la simplificación es grotesca. Porque la misoginia es muy drástica, como la conducta de los fanáticos: ellos se alivian mucho el esfuerzo de pensar, pero el costo es serio. Esto ocurre con la versión más fuerte, que en realidad es menos interesante que la versión más débil. Es decir, aquella misoginia que no implica un total rechazo, una declarada fobia hacia las mujeres, sino que se manifiesta más tibiamente, con descalificaciones al pasar. En realidad, es la más perniciosa".

"Entre las pocas capacidades de los humanos que nos ponen un poco mejor que los gusanos, las pulgas, esas cosas, está la capacidad de comprender", dice con humor el profesor Moretti. "Creo que la misoginia mina esa capacidad, la diferencia más interesante entre un primate superior y una ameba digamos. La reduce de una manera muy grosera cuando uno adopta una posición misógina, por más débil que sea. Y entonces se considera relevado del esfuerzo de entender a media humanidad... O al menos, para no exagerar, a las mujeres que tiene cerca. Por lo tanto, a lo sumo puede tolerarlas un poquito, atender algunas de sus opiniones... Se puede pensar que un tipo así, en el fondo lo que hace es manifestar una gran inseguridad. Quien restringe de esa manera el ejercicio de la comprensión en verdad es alguien que debe sentir que no le da el cuero para más, que no confía en su capacidad. Hay en esta actitud un temor básico a inquietarse, a conmoverse. Muchos tipos que se sienten en una situación ventajosa institucional pueden pensar que no les conviene generar una complicación adicional por el temor a perder poder. Ciertamente, que la misoginia, a esta altura de la civilización occidental, no se le aparezca a un tipo normal como algo digno de ponerse en cuestión es una manifestación de debilidad mental. La inquietud por comprender es un gesto que ennoblece la cultura".

"La misoginia, tanto la fuerte pero sobre todo la débil que está más difundida", confluye Alberto Moretti, "es un verdadero obstáculo que revela miseria intelectual. No quiero ni siquiera plantearlo en términos de moralidad. Es una cuestión de muy básica actitud humana. Privarse de comprender a la mitad de las personas con las que uno trata es un rasgo de cobardía tan profunda que deshumaniza, hace retroceder. Entender a otros significa un esfuerzo y una disposición a la igualdad. Porque si uno no entiende, avasalla. Y la disposición a la igualdad es lo mejor que de vez en cuando nos podemos ofrecer los seres humanos entre nosotros."

FLORILEGIO PATERNALISTA

"La mujer es la puerta del diablo, senda de la iniquidad, picadura de serpiente. En una palabra, un objeto peligroso."
SAN JERÓNIMO

"La mujer aprenda en silencio, con plena sumisión. No consiento que la mujer enseñe ni domine al marido, sino que se mantenga en silencio, pues el primero fue formado Adán, después Eva, que seducida incurrió en la transgresión."
SAN PABLO, Carta a Timoteo

"La mujer es un enemigo adulador y secreto. Y si decimos que es más peligrosa que una trampa, no queremos decir una trampa de cazadores sino diabólica (...) Y cuando se dice que su corazón es una red, se está hablando de la malicia insondable que impera en ella..."
SPRENGER Y SELECTATOR, FRAILES DOMINICOS (Malleus Maleficarum)

"La diferencia fundamental entre las facultades intelectuales de ambos sexos resulta sobradamente probada por los resultados obtenidos, siempre superiores en los hombres, sea cual sea la dedicación de que se trate, ya se requiera sagacidad, razón e imaginación, o el mero uso de los sentidos y las manos."
CHARLES DARWIN (El origen del hombre y la selección en relación al sexo)

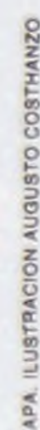
"... Pues la dependencia es el estado natural de las mujeres, y las muchachas se dan cuenta de que están hechas para la obediencia."
JEAN-JACQUES ROUSSEAU (Emilio)

"Retrasada en todos los aspectos, falta de razón y de verdadera moralidad (...), una especie de término medio entre el niño y el hombre que es el verdadero ser humano."
SCHOPENHAUER (Sobre las mujeres)

"...Y finalmente la mujer: la mitad de la humanidad es débil, está crónicamente enferma, es mudable, tornadiza..."
NIETZSCHE (La voluntad de poder)

"La meta de la educación femenina ha de ser invariablemente la de la futura madre."
ADOLF HITLER (Mein Kampf)

"El fuerte de la mujer no es saber sino sentir. Saber las cosas es tener conceptos y definiciones y esto es obra del varón (...) a través del cual la mujer realiza su genuina colaboración con la historia."
JOSÉ ORTEGA Y GASSET (Estudios sobre el amor)





Los niños, ¿valor de uso?

POR SILVIA CHEJTER *

En entrevistas a varones, clientes de prostitución, aparecen imaginarios de degradación propia y del otro prostituido, imaginarios del pecado, del mal, del vicio, etc., propios del siglo pasado.

Aparecen también las clásicas imágenes sobre quienes son prostituidos, reprochándoles interesarse sólo por el dinero, de ser insensibles e inconmovibles, de no sentir nada o por el contrario de gozar y además cobrar por ello. Ya en Quevedo y Moratín, entre otros autores españoles de hace unos siglos, se encuentran esos reproches a las mujeres prostituidas, y ninguno a los clientes, quienes, como dice Sor Juana de la Cruz, son la causa de aquello que reprochan.

A pesar de la incidencia fundamental de la demanda, una de las paradojas de los discursos sobre la prostitución –en los discursos institucionales y sociales– es la ausencia de los clientes en esos discursos. Si aparecen, lo hacen de modo incidental y accesorio. Como si sólo fueran receptores pasivos, como si fueran un producto de la "oferta". **Se invierte de este modo y se oculta así, el rol fundamental, protagónico de la demanda.**

Por otra parte, surge a menudo la referencia a una demanda creciente de niñas y niños, de edades cada vez más tempranas. La cual suele ser considerada más como una "perversión" paidofílica que como una grave infracción a la ley y un abuso intolerable. Aquí, el término "perversión", designando una patología, sirve para plantear la práctica prostituyente como desviada, como enfermedad y no como un abuso de poder obsceno, una violación a los derechos elementales de los niños. De esta manera, se **desresponsabiliza** al prostituyente, considerándolo un enfermo, y se **despolitiza** la mirada sobre las prácticas prostituyentes.

Sería importante, en particular a quienes prostituyen a niños, determinar las motivaciones y fundamentos que legitiman y naturalizan las prácticas de compra y alquiler de cuerpos llamadas prostitución, en virtud de que tienen una raíz común y sólo difieren en la elección sexual.

Si es cierto que los niños como sujetos son evidentemente más vulnerables que los adultos, y si se estima que la responsabilidad de la sociedad para con ellos es mucho mayor que respecto de los adultos, no debe olvidarse que los derechos humanos de las personas no reconocen jerarquías ni rangos que los distingan entre sí. Una violación de los derechos humanos de cualquier persona no se distingue de otra violación de otro ser humano cualquiera sea su sexo, raza, nacionalidad, edad, etcétera. Y por lo tanto, a partir de la aceptación de que cualquier ser humano pueda ser prostituido, la alienación o apropiación del cuerpo de un niño por un adulto es concebible y consecuentemente posible.

El cliente, y se trata mayoritariamente de hombres, es el verdadero y fundamental prostituyente. El hace posible la explotación, aunque todo lo haga aparecer como un vulgar coparticipante descomprometido. Antes que la prostitución fuera un comercio, un servicio sexual pago, la prostitución como "servicio sexual", existió como un derecho del amo sobre el esclavo, del pueblo conquistador sobre el pueblo conquistado, del pueblo vencedor sobre el pueblo derrotado. Y, en virtud de las preferencias sexuales, tuvo siempre, mayoritariamente, al cuerpo de las mujeres, incluso niñas –si bien también, en mucho menor medida, el de varones– como bien de uso. La prostitución como venta o alquiler de servicios sexuales es uno de los "progresos" de la civilización y de la progresiva mercantilización de servicios que sólo se pueden, desde una determinada etapa histórica, adquirir con dinero. A partir de estos procesos evolutivos aparecen los intermediarios o "celestinos", proxenetas, que como en todo comercio se tornan indispensables para asegurar la mejor satisfacción y organización de la demanda. El hecho de que los intermediarios aparezcan a menudo como independientes, y con poderes iguales o mayores a los de los consumidores, no debe hacer olvidar que han sido generados por éstos. Y que a partir de esta iniciación, si bien la oferta es la que pareciera orientar y fomentar la demanda, se trata de dos factores que se realimentan entre sí e inciden uno sobre el otro, siendo inseparables.

Al penalizar en mucho mayor medida a los explotadores, proxenetas y facilitadores de la prostitución que a los clientes, la sociedad está diciendo, emitiendo un mensaje, adoptando una posición, que lava su mala conciencia.

Es imposible intervenir en el problema de la prostitución infantil si el imaginario social que legitima la prostitución en general y la de los niños en particular no es expuesto ante la sociedad en un debate amplio e irrestricto, en el que ésta reconozca primero la dimensión del problema y a la vez su responsabilidad en su generación.

Las leyes de códigos penales o las de tratados internacionales sobre derechos de los niños no serán nunca suficientes por sí mismas y por sí solas, para contrarrestar prácticas legitimadas por un imaginario social vigente que convalida derechos al uso de cuerpos, mediante o sin pago, de los adultos sobre los niños, de los hombres sobre las mujeres, de los poderosos sobre los débiles.

Indudablemente, la amplia difusión y discusión de las leyes, y especialmente de la Convención de los Derechos del Niño, son parte necesaria de una campaña destinada a incidir sobre el imaginario vigente; pero el debate y la concientización sobre prostitución debe exceder rotundamente el mero aspecto legal, jurídico, de la cuestión, ya que, a través de las leyes, la sociedad logra, a menudo, descargar su conciencia, pero sin introducir cambios significativos en su propia producción y reproducción de las prácticas.

** Socióloga (este texto forma parte de una investigación realizada con el auspicio de Unicef).*

DANIEL JAVA

RAMOS GENERALES



Monica todavía

Si alguien creía que las olas que generó la astuta Monica Lewinsky habían terminado con su modelaje publicitario y su incursión como empresaria de la moda (¿recuerdan sus bolsos de mano?), pues se ha equivocado. Por lo pronto, en Egipto se está realizando *Yo, mi mujer y Monica*, una obra teatral que está cosechando un éxito considerable gracias a la puesta en escena de dos tabúes básicos de la sociedad egipcia: el sexo y la política. Claro que su director, Al-Sayed Rady, además de tener una interpretación personalísima del asunto ("la historia de Bill y Monica es la de Adán y Eva. Es Eva quien tienta a Adán y le hace perder el paraíso", como si Clinton hubiera perdido algo más que un buen dinero en abogados), realizó un par de retoques a los personajes. Ejemplo: Monica, de becaria morena y regordeta, se convirtió en una pulposa rubia (porque "ella es el símbolo de la belleza, pero también de Norteamérica", y ya todos saben que los norteamericanos sólo son rubios, ¿no?). Hasta el momento se desconoce si hubo pleitos por regalías, pero se trata de prestar atención.

más buenitas

El profesor de Ciencias Sociales de la Sorbona François Singly es un especialista en temas familiares, y acaba de publicar *Libres ensembles -Libres juntos–*, un estudio sobre el individualismo en las relaciones de pareja, basado en los resultados de una encuesta realizada a jóvenes de entre 20 y 30 años. Además de comentar unas interesantes observaciones sobre las dificultades de la convivencia (como el hecho de que, en cuanto se comparte el techo, se dejan de planificar actividades en pareja), Singly llegó a la conclusión de que "el individualismo de las mujeres es más altruista". ¿Por qué? "Incluso en las generaciones más jóvenes, las mujeres se implican más en el espacio y en la vida colectiva. Esto no quiere decir que los hombres no hagan esfuerzos. Cada vez aceptan hacerse cargo del otro y de modificar poco a poco algunas de sus conductas. Pero la implicación en lo colectivo es menor: son menos sensibles al interés general de la comunidad y por ello parecen más egoístas o más irresponsables respecto de la vida de pareja."

LIBRERIA

Documentos



El año pasado, el Foro por los Derechos Reproductivos organizó el concurso de ensayos "Peligro para la vida y la salud de la madre", en torno del artículo 86 (el que se refiere al aborto) del Código Penal. La selección fue realizada por un jurado internacional integrado por Eva Giberti (por Argentina), la doctora en Filosofía del Derecho y miembro del Consejo Estadual de la Condición Femenina de San Pablo Silvia Pimentel (por Brasil), y la filósofa experta en salud, población y derechos sociales Gloria Careaga Pérez (por México). Los resultados de la convocatoria se materializaron en *Aborto no punible*, el volumen que reúne los trabajos ganadores: "El embarazo forzado y el aborto terapéutico en el marco de los derechos humanos", de Susana Chiarotti, Mariana García Jurado y Gloria Schuster; "Deber del Estado y derechos reproductivos. Marco jurídico y social", de Marcelo Antonio Avila y Claudia Nora Laudano; "María Ester en el país de las pesadillas o de cómo rescatar nuestros cuerpos", de Mabel Alicia Campagnoli; "Historia de Ana", de Alejandra Oberti y July Edith Chaneton; y "Cómo pensar el aborto terapéutico", de Laura Klein.

SEÑORAS Y SEÑORAS

Damas vivas



A principios de 1999, ya habían posado como vinieron al mundo (pero eso sí, con collares de perlas, porque al fin de cuentas son damas) para un calendario que se agotó en cuestión de días y las volvió terriblemente famosas. En esa ocasión, el motivo era recaudar fondos para una ONG, y, de paso, alegrar los días del marido de una de ellas, gravemente enfermo. Pues bien, las diez chicas de Rylstone –todas ellas de entre 45 y 65 años– han reincidido, pero no para un calendario, ni para un video pornosoft, sino para... una propaganda de jabón en polvo. La idea, claro, fue aportar sus cachets a una asociación que lucha contra la leucemia. Por otro lado, Hollywood ya les ha echado el ojo, y se dice que está en camino un guión para llevar la historia de "Las damas de Rylstone" –así se las conoce– a la pantalla grande.

ESPECTACULOS

Adolesce que no es poco, de Domingos Oliveira, ha sido estrenada en el Pigalle luego de un suceso notable en Brasil –fue vista por 800 mil espectadores–. La versión local atenúa algunos aspectos de esta pieza dedicada a explorar el mundo de la adolescencia: por ejemplo, el episodio referido al primer aborto de la joven protagonista apenas deja entrever que lo realiza. El autor acompañó su obra hasta la Argentina, a la que encontró un poco moralista.

chicas y chicos de aquí y de allá

POR M.S.

"Y la fiesta era una fiesta como todas: cinco ex novios, siete posibles novios, tres amigos muertos con una, diez medio ex, medio amigo, medio posible, o sea: veinticinco tipos interesantes. Y yo estaba ahí, con cara de superada y de que no me interesaba ninguno... Estaba bailando cuando de repente veo a un chico sentado en un sofá con cara de embole que me miraba mucho y yo..." Así, al promediar la pieza teatral *Adolesce que no es poco*, la protagonista se describe a sí misma al hacer esta descripción desopilante de un party de chicos de secundaria. La obra de Domingos Oliveira, creada sobre la base de textos del diario íntimo de su hija María Mariana, ofrece la particularidad de sumergirse en un universo puramente adolescente, es decir, agitado, inseguro, contradictorio, curioso, disperso, vital. Un universo que el teatro no suele reflejar, al menos no en la medida en que lo viene haciendo el cine y las series de TV en años recientes, a veces en clave porkyana, a veces con hondura y complejidad.

La adaptación local de *Adolesce...*, recientemente estrenada en el Pigalle, suaviza en parte el texto original –estrenado y reestrenado con enorme suceso en Brasil: llegó a los 800 mil espectadores–, sobre todo en el episodio referido al primer aborto de la adolescente (apenas se deja entrever que se lo hace), pero mantiene el gracioso relato de los efectos del primer porro. El autor optó por cuatro personajes femeninos que van rotando en el rol protagónico y, a medida que esto ocurre, las otras tres chicas interpretan el coro de amigas que, en la jerga local, apelan reiteradamente a ese vocabulario que se puede escuchar a la salida de cualquier colegio secundario: boluda, forra, obvio, transar, recolgarse... Bajo la experta dirección de Lía Jelin, Celeste García Satur, Bárbara Ostrovsky, Bettina Bocchio, Mercedes Scápola Morán y (como reemplazante) Marina Glezer se desempeñan con sorprendente frescura y ductilidad. De paso por Buenos Aires, el escritor y director Domingos Oliveira respondió al cuestionario de Las/12.

–Su hija ya tiene 27, de manera que el diario que escribió en su adolescencia cumplió una década. ¿Fue necesario actualizar el original en la pieza teatral a medida que pasaban los años?

–No, apenas algunos modismos, porque la obra refleja la problemática de los adolescentes en general, de las adolescentes en particular, que yo creo que no ha cambiado demasiado en la última década. Quizás los tiempos se han acelerado un poco, pero la inseguridad, el afán de conocer cosas nuevas, las dificultades de crecer siguen siendo iguales. Por ejemplo, esas primeras veces que no suelen responder a una idealización anterior, como es el caso de las primeras relaciones sexuales. La adolescencia es la edad de los descubrimientos, de los grandes apasionamientos. La protagonista de *Adolesce...* tiene de pronto, precisamente cuando más lo necesita, la revelación de la poesía: alguien que le habla con las palabras justas. En otro momento, se enfrenta por primera vez, cara a cara, con la muerte...

–¿Las adolescentes de ahora usufructúan, aun sin reconocerlo, de ciertas conquistas del feminismo, impensables varias décadas atrás?

–En algunos casos puede decirse que sí, que verdaderamente el feminismo contribuyó a un cambio de mentalidad. En su diario íntimo, mi hija se expresó con mucha espontaneidad, con total franqueza para tratar todos los temas, aun los más escabrosos. Del mismo modo hablaba con nosotros, sus padres, sin ninguna culpa.

–¿Considera que, al menos en parte, fue un logro suyo, como padre, el que su hija asumiera una actitud tan desprejuiciada?

–Puede ser que haya algún mérito, pero no soy una excepción, aunque tampoco represento a la generalidad de los padres... En Brasil, la pieza ha sido vista por muchísimos adolescentes, pero también por padres, a veces llevados por sus hijos. Y tanto los unos como otros, con frecuencia se han acercado a conversar conmigo cuando me reconocían por la calle, en un restorán.

–¿Cómo llega usted a esta conducta paternal, al parecer desprovista de la doble moral machista?

–Quizás me haya ayudado el hecho de pertenecer a una familia de artistas, pero insisto: no creo haber hecho nada excepcional. Quiero mucho a mi hija y mi deseo siempre fue estar muy cerca de ella, estar de su lado, aun equivocándome. Sabía que ella confiaba en mí y no quería traicionar ese sentimiento. Cuando María Mariana tenía 10 años, me enteré de que estaba escribiendo un diario, que me dio a leer al cumplir los 17. Entonces descubrí lo bien que escribía. El éxito del diario fue tan grande que se hicieron treinta

y dos ediciones, se realizó una miniserie para la televisión, y el libro se usa en colegios secundarios.

–¿Ha tenido oportunidad de advertir diferencias entre Buenos Aires y Río relativas a conductas de padres y adolescentes?

–Bueno, no sé si aquí el diario de mi hija podría ser leído en los colegios porque encuentro que esta capital es bastante más moralista. También me parece que los adolescentes son menos espontáneos, menos alegres. A mí me gustaría que mi obra contribuyese al buen diálogo entre padres e hijos. Yo sé que esto no es imposible, por más que existan diferencias generacionales.

–*En la puesta local* aparece atenuada, respecto del original, la situación en que la protagonista, embarazada sin desearlo, recurre al aborto. ¿Cómo vivió usted, en lo personal, ese episodio en la vida real?

–Es un hecho desgraciado, sin duda, un último recurso que en esa oportunidad era la salida apropiada. Teóricamente, yo tenía claro que lo aceptaba. Pero una vez que debí enfrentar el trance, quedé muy afectado. Sin embargo, nunca dudé de mi decisión de apoyar a Mariana en un momento tan difícil. En realidad, toda la familia la ayudó.

–¿De qué modo influyó en las relaciones entre ambos el haber pasado junto a ella este acontecimiento ingrato?

–Muy positivamente, por cierto: le demostré que podía contar realmente conmigo. Que el amor estaba por encima de cualquier prejuicio. En la pieza, la anécdota es dramática sin dejar de tener un toque de comedia. En su diario, Mariana se extiende en mayores detalles. Como ella ahora está casada y tiene una beba, en la última versión en Río se proyecta la foto de ella con su hija Clara, que tuvo con mucha felicidad, cuando de verdad lo deseaba.

–¿Por qué cree usted que el teatro se ha aproximado mucho menos que el cine o la TV a la adolescencia?

–Acaso les ha resultado más fácil a los cineastas... La adolescencia es una etapa de mucha fragilidad y permanente cambio, difícil de comprender. A veces hay que superar el rechazo inicial de los propios chicos que se repliegan sobre sí mismos, sobre su clan. Es un camino lleno de obstáculos entre la infancia y la adolescencia. A mí me pareció que para universalizar esta problemática era necesario particularizar. Creo que contar una historia como la de María Mariana conduce a la identificación por parte de los adolescentes, y quizás a que los padres conozcan un poco mejor a sus hijos, acepten sus diferencias con ellos. Lo encuentro mejor que las estadísticas o las definiciones psicológicas. Esta pieza está hecha desde la sinceridad, que es la marca del diario de mi hija. Y la sinceridad hoy es el verdadero escándalo.

–¿Cómo le resultó ver la puesta local, adaptada, hablada en castellano y en una jerga que es la de muchas chicas locales?

–Un poco extraño, la verdad, pero también interesante. Me gustan mucho las actrices elegidas, su rendimiento. Al mismo tiempo, me doy cuenta de que las chicas en Brasil maduran antes, viven anticipadamente ciertas cosas con respecto a las argentinas: lo que aquí hacen a los 15, allá sucede a los 13. No sé si esto es bueno o es malo, pero es así.

–¿Alguna vez pensó que en esa forma de relacionarse con su hija, en esa complicidad, había un componente maternal?

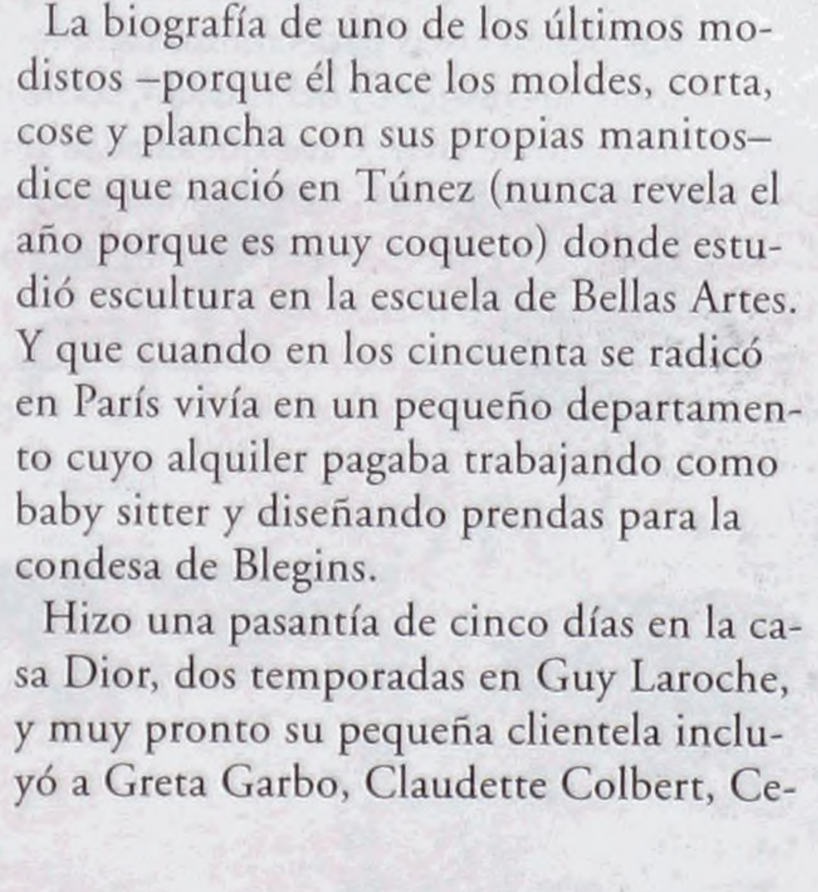
–Creo que educar a un hijo nunca es simple, nunca hay nada seguro. La única regla que funciona es el amor. Desde luego, en el sentido de que amar es querer verdaderamente el bien del otro. Mi único mérito como padre ha sido no pensar que la edad, por sí misma, me otorgaba ninguna clase de superioridad. Por el contrario, siempre creí que cada edad merecía ser escuchada y respetada, que una chica de quince podía saber cosas que yo no sé... Desde la primera infancia, todas las personas tienen cosas para comunicar a los otros sobre los misterios del mundo, sobre el misterio de vivir. Creo que la edad no tiene ninguna importancia, y desde luego no es garantía de sabiduría. En algún punto, todos somos criaturas.

UN MAEST

POR VICTORIA LESCANO

En una escena de máximo peligro como es un asalto a mano armada de la película *Ni idea*, una comedia sobre el arte del shopping femenino, la chica, en este caso la rubia Alicia Silverstone, es obligada por el ladrón a tirarse al piso poca abajo, ella se resiste y exclama entre sollozos "pero tengo puesto un Alaia".

El homenaje en cuestión es al diseñador que define a los ochenta con más autoridad, con sus vestidos de cuero que calzaban como guantes y fajas inspiradas en las momias egipcias que enfatizaron la silueta femenina y le pusieron un moño. Favorito de las supermodelos –porque había que tener esos cuerpos para llevarlos, además de mucho dinero– Linda Evangelista, Naomí Campbell, Christy Turlington y Verónica Weber volaban para mostrar sus prendas aunque sólo tuvieran una audiencia de cinco clientas y muchas aspirantes a estrellas desfilaron gratis con tal de estar en sus shows.



La biografía de uno de los últimos modistos –porque él hace los moldes, corta, cose y plancha con sus propias manitos– dice que nació en Túnez (nunca revela el año porque es muy coqueto) donde estudió escultura en la escuela de Bellas Artes. Y que cuando en los cincuenta se radicó en París vivía en un pequeño departamento cuyo alquiler pagaba trabajando como baby sitter y diseñando prendas para la condesa de Blegins.

Hizo una pasantía de cinco días en la casa Dior, dos temporadas en Guy Laroche, y muy pronto su pequeña clientela incluyó a Greta Garbo, Claudette Colbert, Cecil de Rotschild y la estrella de cine francés Arletty. En lugar de presentarse como diseñador, se hace llamar *batisseur*, suerte de maestro mayor de obra de la costura. Con un cuerpo pequeñito y la apariencia de un muñequito del chocolate Jack hace años que no adhiere a las temporadas de calendario, presenta su colección meses después que los demás jugadores del mundo de la moda. El colmo de la resistencia según Azzedine fue en la primavera-verano del '92.

Por entonces en el atelier del 7 rue de Mousy, donde tiene su estudio y emplea a 25 personas, mostró tres meses y medio después que los demás y aun así todas las sillas estuvieron ocupadas.

La única tienda que exhibe en forma permanente sus diseños desde los ochenta es Barneys New York, donde los directivos hacen concesiones con las entregas y le adelantan pagas, detalles impensables para otros diseñadores. En algunos casos los Alaia nunca llegaron a otras bocas de expendio: a fines de los ochenta Jacqueline Schnabel, mujer del pintor Julian Schnabel, abrió una sucursal en Nueva York y decidió cerrarla porque los percheros lucían muy vacíos.

En tiempos en que la presentación de las colecciones recuerda cada vez más a carreras de Fórmula Uno y la alianza entre moda y marketing olvidó el arte de la vestimenta, cuando el año pasado entre los editores de las revistas más influyentes circuló la versión de su retiro, nadie se sorprendió. Pero la semana pasada el *New York Times* dejó claro que hay Alaia para rato: allí se anunció que a mediados de junio va a presentar su mayor colección en años y que el coleccionista de arte Peter Brant –un caballero muy atento a la devoción que su mujer, la modelo Stephanie Seymour siente por el creador– cerró las negociaciones con el museo Guggenheim del Soho para organizar una retrospectiva de su obra a fin de año. Otros indicadores de la "alaiamanía": en la fiesta de celebridades organizada por la revista *Vanity Fair*, luego de la última noche de los Oscar, una estilista de Gucci, una de esas chicas a las que todos miran para saber que se lleva, engañó a su jefe Tom Ford con un vestido de leopardo con la espalda descubierta con la etiqueta A.A. Mouna Ayoub, santa patrona de la alta costura de los noventa y dueña de un placard que incluye los Mc Queens más difíciles de llevar, ahora empezó a tomarse las medidas con él.

INCANSABLE COMO CHANEL

El nombre Alaia emergió a comienzos de los ochenta pegado a vestidos de cuero con cierres industriales y ribetes, mezclas experimentales de encaje, cuero, seda, jersey y tweed, y cada día extendía la paleta de materiales.

Con ese criterio en 1994 mostró vestidos largos en houpette, una nueva tela con propiedades elásticas que modelaba el cuerpo y al año siguiente usó relax, un material antiestrés con películas de carbón y talento para repeler ondas electromagnéticas que la NASA solía usar para revestir las paredes y pisos de sus experimentos espaciales.

Es válido decir que sus diseños son impermeables a los dictados de la moda: en una misma colección el largo puede ir hasta el tobillo o cubrir apenas la cadera, lo que es constante es una sastrería y un corte que siguen los principios de la corsetería.

En plena vorágine de fines de los ochenta el atelier funcionó hasta horas insólitas, hacía pruebas hasta las 3 de la mañana: mientras lo visitaban sus amigos o hablaba por las dos líneas de teléfono en simultáneo,





Azzedine Alaia es el Mago de Hoz de los ochenta. Aunque él prefiere no presentarse como diseñador sino como *batisseur*, suerte de maestro mayor de obra de la costura, con un cuerpo diminuto y la apariencia de un muñequito del chocolate Jack, es considerado como el más grande y no sólo por las supermodelos.

UN MAESTRO PEQUEÑO PEQUEÑO



POR VICTORIA LESCANO

En una escena de máximo peligro como es un asalto a mano armada de la película *Ni idea*, una comedia sobre el arte del shopping femenino, la chica, en este caso la rubia Alicia Silverstone, es obligada por el ladrón a tirarse al piso poca abajo, ella se resiste y exclama entre sollozos "pero tengo puesto un Alaia".

El homenaje en cuestión es al diseñador que define a los ochenta con más autoridad, con sus vestidos de cuero que calzaban como guantes y fajas inspiradas en las momias egipcias que enfatizaron la silueta femenina y le pusieron un moño. Favorito de las supermodelos –porque había que tener esos cuerpos para llevarlos, además de mucho dinero– Linda Evangelista, Naomí Campbell, Christy Turlington y Verónica Weber volaban para mostrar sus prendas aunque sólo tuvieran una audiencia de cinco clientas y muchas aspirantes a estrellas desfilaron gratis con tal de estar en sus shows.

La biografía de uno de los últimos modistos –porque él hace los moldes, corta, cose y plancha con sus propias manitos– dice que nació en Túnez (nunca revela el año porque es muy coqueto) donde estudió escultura en la escuela de Bellas Artes. Y que cuando en los cincuenta se radicó en París vivía en un pequeño departamento cuyo alquiler pagaba trabajando como baby sitter y diseñando prendas para la condesa de Blegins.

Hizo una pasantía de cinco días en la casa Dior, dos temporadas en Guy Laroche, y muy pronto su pequeña clientela incluyó a Greta Garbo, Claudette Colbert, Cecil de Rotschild y la estrella de cine francés Arletty. En lugar de presentarse como diseñador, se hace llamar *batisseur*, suerte de maestro mayor de obra de la costura. Con un cuerpo pequeñito y la apariencia de un muñequito del chocolate Jack hace años que no adhiere a las temporadas de calendario, presenta su colección meses después que los demás jugadores del mundo de la moda. El colmo de la resistencia según Azzedine fue en la primavera-verano del '92.

Por entonces en el atelier del 7 rue de Mousy, donde tiene su estudio y emplea a 25 personas, mostró tres meses y medio después que los demás y aun así todas las sillas estuvieron ocupadas.

La única tienda que exhibe en forma permanente sus diseños desde los ochenta es Barneys New York, donde los directivos hacen concesiones con las entregas y le adelantan pagas, detalles impensables para otros diseñadores. En algunos casos los Alaia nunca llegaron a otras bocas de expendio: a fines de los ochenta Jacqueline Schnabel, mujer del pintor Julian Schnabel, abrió una sucursal en Nueva York y decidió cerrarla porque los percheros lucían muy vacíos.

En tiempos en que la presentación de las colecciones recuerda cada vez más a carreras de Fórmula Uno y la alianza entre moda y marketing olvidó el arte de la vestimenta, cuando el año pasado entre los editores de las revistas más influyentes circuló la versión de su retiro, nadie se sorprendió. Pero la semana pasada el *New York Times* dejó claro que hay Alaia para rato: allí se anunció que a mediados de junio va a presentar su mayor colección en años y que el coleccionista de arte Peter Brant –un caballero muy atento a la devoción que su mujer, la modelo Stephanie Seymour siente por el creador– cerró las negociaciones con el museo Guggenheim del Soho para organizar una retrospectiva de su obra a fin de año. Otros indicadores de la "alaiamanía": en la fiesta de celebridades organizada por la revista *Vanity Fair*, luego de la última noche de los Oscar, una estilista de Gucci, una de esas chicas a las que todos miran para saber que se lleva, engañó a su jefe Tom Ford con un vestido de leopardo con la espalda descubierta con la etiqueta A.A. Mouna Ayoub, santa patrona de la alta costura de los noventa y dueña de un placard que incluye los Mc Queens más difíciles de llevar, ahora empezó a tomarse las medidas con él.

INCANSABLE COMO CHANEL

El nombre Alaia emergió a comienzos de los ochenta pegado a vestidos de cuero con cierres industriales y ribetes, mezclas experimentales de encaje, cuero, seda, jersey y tweed, y cada día extendía la paleta de materiales.

Con ese criterio en 1994 mostró vestidos largos en houpette, una nueva tela con propiedades elásticas que modelaba el cuerpo y al año siguiente usó relax, un material antiestrés con películas de carbón y talento para repeler ondas electromagnéticas que la NASA solía usar para revestir las paredes y pisos de sus experimentos espaciales.

Es válido decir que sus diseños son impermeables a los dictados de la moda: en una misma colección el largo puede ir hasta el tobillo o cubrir apenas la cadera, lo que es constante es una sastrería y un corte que siguen los principios de la corsetería.

En plena vorágine de fines de los ochenta el atelier funcionó hasta horas insólitas, hacía pruebas hasta las 3 de la mañana: mientras lo visitaban sus amigos o hablaba por las dos líneas de teléfono en simultáneo, o pinchaba los alfileres sobre los cuerpos de las modelos.

"Los desfiles eran caóticos, recuerdo que muchas veces al ponerme un traje para salir a la pasarela todavía conservaba el calor de la plancha. Aun así nosotras nos sentíamos privilegiadas, porque desfilar con un vestido de Azzedine era como llevar un cetro", dijo la modelo Verónica Webber, una de sus chicas fetiche, al *New York Times*.

Para su esperada nueva colección anticipó que no está interesado en revivir los ochenta, y que guardó todas las prendas de esa época en el sótano de su casa. También contó que hace un año que está perfeccionando una técnica para pegar flores sobre faldas de cuero.

Aunque las cultoras de la ropa sexy en los últimos años se volcaron en bandos al clan Versace y los Dolce & Gabbana, en la casa donde vive con el pintor Christoph von Weyle y un zoo de gatos y perros pequineses con moños, Azzedine continuó haciendo ropa para sibaritas de la moda como Bettina Graziani, la modelo de los cincuenta que todo los años le pide un nuevo traje de tweed.

SOLO A SU GUSTO

Nunca dio licencias de su marca para ser confeccionadas en talleres tercermundistas ni lanzó perfumes y cuando a principios de los noventa la casa Christian Dior le ofreció una cifra millonaria, él la rechazó, argumentando "prefiero seguir pobre y hacer lo que me gusta". Eso incluye coser mientras mira clásicos hasta las 5 AM, para levantarse a las 9 AM y pasar meses perfeccionando nuevos cortes, líneas y siluetas en lugar de reemplazar la falta de ideas por trucos publicitarios o revivals baratos. Su único lujo reconocido es comprar alta costura *vintage*, ya que colecciona trajes de Charles James, del vestuarista del Hollywood clásico Adrian Gilbert y las túnicas y drapeados de Madeleine Vionnet.

Madonna y Tina Turner usaron sus vestidos arriba y abajo del escenario, Naomí fue la percha de su homenaje a Josephine Baker y Grace Jones modeló sus atuendos de látex con capucha cuando el diseñador fue premiado por el establishment de la moda francesa. La moda local hizo copias textuales en la invasión de catsuits, esos trajes de Gatúbella en leopardo y lycra y encajes negros que invadieron las vidrieras de la por entonces ultramoderna firma *ViaVai* o *Materia*, antes sólo disponible en el Once.

El diseñador gráfico argentino Juan Gatti fue el director de arte de un libro, mezcla de diario íntimo con manifiesto de glamour, publicado a fines de los noventa llamado simplemente *Azzedine Alaia* –en Buenos Aires ya se consigue en librerías especializadas– donde conviven fragmentos del *Elogio del maquillaje* de Baudelaire, *En busca del tiempo perdido* de Marcel Proust y canciones populares de García Lorca con sus diseños célebres por envolver el cuerpo y acurrucarlo entre escotes pronunciados en la espalda y él posa con cuerpo diminuto entre sus mujeres colosales.





Es válido decir que sus diseños son impermeables a los dictados de la moda: en una misma colección el largo puede ir hasta el tobillo o cubrir apenas la cadera, lo que es constante es una sastrería y un corte que siguen los principios de la corsetería.





Azzedine Alaia es el Mago de Hoz de los ochenta. Aunque él prefiere no presentarse como diseñador sino como *batisseur*, suerte de maestro mayor de obra de la costura, con un cuerpo diminuto y la apariencia de un muñequito del chocolate Jack, es considerado como el más grande y no sólo por las supermodelos.

TRO PEQUEÑO PEQUEÑO

o pinchaba los alfileres sobre los cuerpos de las modelos.

"Los desfiles eran caóticos, recuerdo que muchas veces al ponerme un traje para salir a la pasarela todavía conservaba el calor de la plancha. Aun así nosotras nos sentíamos privilegiadas, porque desfilar con un vestido de Azzedine era como llevar un cetro", dijo la modelo Verónica Webber, una de sus chicas fetiche, al *New York Times*.

Para su esperada nueva colección anticipó que no está interesado en revivir los ochenta, y que guardó todas las prendas de esa época en el sótano de su casa. También contó que hace un año que está perfeccionando una técnica para pegar flores sobre faldas de cuero.

Aunque las cultoras de la ropa sexy en los últimos años se volcaron en bandos al clan Versace y los Dolce & Gabbana, en la casa donde vive con el pintor Christoph von Weyle y un zoo de gatos y perros pequineses con moños, Azzedine continuó haciendo ropa para sibaritas de la moda como Bettina Graziani, la modelo de los cincuenta que todo los años le pide un nuevo traje de tweed.

SOLO A SU GUSTO

Nunca dio licencias de su marca para ser confeccionadas en talleres tercermundistas ni lanzó perfumes y cuando a principios de los noventa la casa Christian Dior le ofreció una cifra millonaria, él la rechazó, argumentando "prefiero seguir pobre y hacer lo que me gusta". Eso incluye coser mientras mira clásicos hasta las 5 AM, para levantarse a las 9 AM y pasar meses perfeccionando nuevos cortes, líneas y siluetas en lugar de reemplazar la falta de ideas por trucos publicitarios o revivals baratos. Su único lujo reconocido es comprar alta costura *vintage*, ya que colecciona trajes de Charles James, del vestuarista del Hollywood clásico Adrian Gilbert y las túnicas y drapeados de Madeleine Vionnet.

Madonna y Tina Turner usaron sus vestidos arriba y abajo del escenario, Naomí fue la percha de su homenaje a Josephine Baker y Grace Jones modeló sus atuendos de látex con capucha cuando el diseñador fue premiado por el establishment de la moda francesa. La moda local hizo copias textuales en la invasión de catsuits, esos trajes de Gatúbella en leopardo y lycra y encajes negros que invadieron las vidrieras de la por entonces ultramoderna firma *ViaVai* o *Materia*, antes sólo disponible en el Once.

El diseñador gráfico argentino Juan Gatti fue el director de arte de un libro, mezcla de diario íntimo con manifiesto de glamour, publicado a fines de los noventa llamado simplemente *Azzedine Alaia* –en Buenos Aires ya se consigue en librerías especializadas– donde conviven fragmentos del *Elogio del maquillaje* de Baudelaire, *En busca del tiempo perdido* de Marcel Proust y canciones populares de García Lorca con sus diseños célebres por envolver el cuerpo y acurrucarlo entre escotes pronunciados en la espalda y él posa con cuerpo diminuto entre sus mujeres colosales.

Es válido decir que sus diseños son impermeables a los dictados de la moda: en una misma colección el largo puede ir hasta el tobillo o cubrir apenas la cadera, lo que es constante es una sastrería y un corte que siguen los principios de la corsetería.

Mujer y salud

Como parte de las actividades programadas por el Día Internacional de Acción por la Salud de la Mujer –que se conmemora el domingo 28–, el Instituto Social y Político de la Mujer invita a la presentación del libro *Abortos no punibles*, elaborado por el Foro por los Derechos Reproductivos. La cita es el lunes, 29 de mayo, a las 19 hs. en el Centro Cultural San Martín. Con el mismo motivo, la Red de Salud de las Mujeres Latinoamericanas y del Caribe coordinará la campaña regional "Por el Ejercicio de los Derechos Sexuales y Reproductivos", y convoca a organizar foros, debates y todo tipo de manifestaciones artísticas que instalen el tema en la agenda pública.

Tradición desatada

Este domingo 28 de mayo, en la clásica Feria de Mataderos –Avenida de los Corrales y Lisandro de la Torre– habrá un festival folclórico con la participación de la Chacarerata Santiagueña, Galo García y Pehuén Naranjo, Los Bombos Zupay, Raíces Jujeñas, Natalia Cabral, Lucero Sánchez, Luciana, Eduardo Argentino Pantuso, el grupo El Candomurga de Catalinas Sur y danzas a cargo de Marta André. Las actividades empiezan alrededor de las 11 de la mañana, y, como siempre, habrá destrezas gauchescas, juegos tradicionales, bailes y talleres gratuitos.





Picaporte siniestro

Con libro y dirección de Rony Keselman, Adrián Batista, Fernanda Caride y Pablo Carnaghi ponen el cuerpo para desarrollar "El picaporte en la puerta del baño", una obra que desarrolla en el marco de un velatorio, situaciones absurdas y siniestras que terminan por desbordar a uno de los personajes. Las funciones son en el teatro El Vitral –Rodríguez Peña 334– los jueves a las 21 y los viernes a las 23 hs. La producción general es de la Compañía de Teatro El Cuadrilátero.



Desear

Alfred Dunhill presentó en sociedad su nueva fragancia, Desire for a man. Se compone de notas amaderadas y frutadas (*lima, azahar, manzana, rosa, madera* de teca, láudano, almizcle y vainilla), y viene en un elegante packaging en plata y rojo.

Frío a la moda

La firma Versace lanzó su colección otoño-invierno de este año. Los tejidos favoritos son el damasco, la muselina, el chiffon, la organza y –ecologistas abstenerse– las pieles naturales. Este año, los colores provienen de tres piedras: el coral, la madre perla y el turquesa, por lo que predominan las tonalidades naranjas, naturales y turquesa –recomiendan combinarlo con terciopelo negro–. Se imponen los abrigos 7/8.

sin costuras



La empresa Trifil, además de sus clásicas medias, lanzó su colección de ropa interior Scala. Todas las prendas se caracterizan por no tener costuras de ningún tipo y estar elaboradas con hilados adherentes. Este año, el diseñador brasileño Fause Haten participó creando diez piezas especialmente para la colección: camisetas, poleras lisas con tejido acanalado en el cuello, poleras acanaladas, camisetas con transparencias y otras de mangas transparentes.

Arte para niños

La semana pasada, la Dirección del Area de Educación Inicial de la ciudad inauguró una pinacoteca en el Jardín de Infantes Integral Nº 21. Esta iniciativa forma parte del proyecto "El arte y el jardín de infantes", que promueve el acercamiento de los niños a las obras de manera directa y cotidiana. Las obras fueron cedidas por el Museo Sívori.

Contra el cáncer de mama

Avon y Lalcec –Liga Argentina de Lucha Contra el Cáncer– continúan realizando su cruzada contra el cáncer de mama a través del recorrido de un móvil especialmente equipado para realizar diagnóstico y seguimiento gratuito. Hasta mediados de junio, recorrerá la provincia de Córdoba: hasta mañana, sábado, estará en la localidad de Alicia; entre el 29 de mayo y el 3 de junio en Freyre; del 5 al 10 en Morteros y del 12 al 17 en Porteña.

Nostalgia por el famoso punto

Todos los domingos, entre las 21 y las 24 hs., Adrián Jospe y Marcelo Melingo toman por asalto los estudios de FM Nostalgie - 106.7- para darle vida a *Nostalgie Punto G*, un programa erótico *realizado por hombres y dedicado exclusivamente a mujeres*.
La idea es darle espacio a la comida afrodisíaca, generar una mini hot-line, hablar de astrología erótica, cine y disfrutar de música especialmente seleccionada para el programa.

Abrir la casa

Hasta el 23 de junio puede verse Casa Abierta, una muestra que conjuga diseño (iluminación, mobiliario y objetos), fotografía y pintura. Los expositores son Pablo Capria, Gabriela Peisco, Curvo, Oscar Grillo Ortiz –diseño–, Nelson Brufal –foto–, y Pablo Acuña –pintura–. La cita es en José Hernández 2393, 1º "B".

incluso el bombín



Los diseños ganadores, de Guadalupe Pérez Endara.

Un desfile en el Palais de Glace mostró versiones de la indumentaria utilizada por la señora Emma Peel y el señor John Steed en la serie "Los vengadores" que, objeto de culto en los sesenta y macerada durante casi 40 años, puede verse nuevamente en Uniseries. El canal de cable difundió con este evento los resultados del *Concurso de Diseño de Indumentaria, Industrial, Textil y Gráfico* que organizó a principio de año para homenajear a la célebre pareja *cool*.

POR SOLEDAD VALLEJOS

Ingredientes para una serie de culto: un puñado de estetas lo suficientemente alterados para convertir la esencia british en surrealismo televisivo; pequeñas (pero contundentes) dosis de tensión sexual entre un señor que viste bombín de acero y una chica que deja a Gatúbela (la de Julie Newman) como una monja de clausura; construir historias inverosímiles y narrarlas con absoluta naturalidad. Batir todo en una coctelera a ritmo londinense constante y servir en episodios de una hora. Es aconsejable dejarla en maceración un tiempo considerable (digamos 30, 40 años) y volver a ofrecerla, pero esta vez a un público que sólo había escuchado hablar de ella o la recordaba vagamente. Si la emisión se concreta en el marco de un canal dedicado exclusivamente a series viejas y con una estética retro, el éxito es más que seguro.

Todo esto, claro, lo sabe a las mil maravillas la gente de Uniseries, la señal de cable que tuvo el tino de reponer, hace ya un tiempo, los deliciosos capítulos de "Los vengadores". Por eso, de lunes a viernes a las 22 hs, es posible disfrutar de los sablazos de paraguas que el señor Steed asesta a muy poco elegantes villanos, o la impermeable sofisticación de la única coprotagonista imposible de olvidar, la señora Emma Peel interpretada por una divina Diana Rigg, los relatos con climas por momentos tan opresivos como hilarantes, y un concepto de producción absolutamente vanguardista. Y el retorno de la serie no pudo ser en tiempos más propicios: después de un tiempo de furor que sólo admitía lo retro en estado puro, hay quienes buscan un rescate de ciertos elementos, de determinados espíritus, de un alimento luminoso que permita encontrar otros caminos. Precisamente por eso, a principios de este año, Uniseries lanzó el *Concurso de Diseño de Indumentaria, Industrial, Textil y Gráfico* inspirado en la serie, una convocatoria que despertó el interés de más de 600 jóvenes diseñadores de Argentina y países limítrofes. De los trabajos presentados, un jurado integrado por Rosita Lazo, Delia Cancela, Rubén Fontana, Ricardo Blanco, Mary Tapia, Enrique Longinotti, Hernán Berdichevsky, Daniel Wolkowicz, Diego Pérez Lozano, Graciela Suen, Lucrecia Rigoni, Claudia Barbera, Turquesa Topper, Medora Manero y Stella Gatti seleccionó 53 finalistas que mostraron sus propuestas, la semana pasada, en el Palais de Glace, en el marco de un desfile-show con momentos, por lo menos, curiosos. Ejemplos: la velada comenzó con el desfile de creaciones de algunos de los jurados que se relacionaban, de una u otra manera, con el espíritu avenger. Medora Manero recreó a Emma Peel, Tara King –su sucesora–, el señor Steed, y generó entre ellos una interesante situación de triángulo, esgrima incluido. Ethel Brero y Catalina Rautemberg se pusieron en la piel de Emma y Tara como severas dóminas de Steed para los trajes de Rosita Lazo. Stella Gatti mostró joyas sixties. Delia Cancela ideó dos modelos de sra. Peel. Hasta ahí, lógica pura y objetos interesantes. Pero el arquitecto y diseñador industrial Ricardo Blanco se valió de una modelo para pasar un exquisito vestido blanco con detalles en plateado y de ... un señor con cara de alguien-tiene-que-hacerlo que entró empujando un sillón para mostrar, precisamente, el diseño del sillón. De acuerdo, se trataba de diseño industrial, pero la modelo en ningún momento tuvo algún tipo de interacción (por mínima que fuera) con el objeto de marras, de hecho, y ni siquiera dirigió una mirada compasiva al encargado de deslizarlo. Concluida su pasada, la chica se retiró y el hombre-sillón siguió sus pasos raudamente.

Después de eso, y con la inopinada conducción de Verónica Lozano, se dio paso al concurso propiamente dicho: 19 pasadas (sólo se hizo desfile con los finalistas de diseño de indumentaria, porque las demás categorías, por razones obvias, estaban expuestas en las salas del Palais) de señoras Peel y señores Steed, con mayor o menor fortuna. En la mayoría de los casos, se hizo referencia a esa latente tensión de la pareja de espías, con pequeñas performances de peleas con villanos o revólveres de cartera apuntando al público. La ganadora, Guadalupe Pérez Endara, presentó dos modelitos con espíritu retro, pero concepto futurista tanto en materiales como en confección. Como manda la tendencia global, las prendas brillan por su potencial mutación: tapado reversible o diseñado para convertirse en otra cosa, remeras que se desarman para dejar a la vista otra, una mini también mutante y líneas netas. Otros trabajos destacables fueron los de Fernando Blanco (un catsuit con prints alla Lichstenstein para su Emma), y Vanina D'Antoni (una impactante campera blanca inspirada en los sacos del siglo XVIII para su Steed). En las demás categorías, los ganadores fueron Silvana Alvarez –diseño industrial–, Candelaria Isaurralde –diseño textil–,y Daniel Piñón –diseño gráfico–.



La pasada de Fernando Blanco.

LAS RAZONES DE *Ofelia*

POR SONIA SANTORO

En 1998 Ofelia Lombardo mató a su marido Ricardo Domínguez para ahorrarle, según declaró, el sufrimiento de saber que se estaba muriendo de un cáncer terminal. Estuvo un año y medio detenida hasta que se le concedió –debido a su avanzada edad– una excarcelación extraordinaria. Hoy sospecha que, cuando disparó tres tiros sobre un hombre dormido y al que amaba, tuvo un "eclipse psicótico". Pero su relato sigue apoyándose en la literatura: Adolfo Bioy Casares, Umberto Eco, Gabriel García Márquez.

Uno no se conoce, incluso para uno mismo es un extraño. Yo no sabía que era capaz de matar, si alguien me hubiera dicho unos meses antes que yo iba a atentar contra mi marido lo iba a mirar como se mira a un loco." La mujer que habla tiene 77 años, carga unos cuantos kilos de más, que se hacen notorios en su papada, tiene pelo corto y canoso con algunas ondas y sus ojos grises enmarcados por unas cejas casi transparentes que cubre con un par de anteojos. Podría ser una abuela más. Sin embargo, hay un detalle nada menor que la diferencia: asesinó a su marido mientras dormía. En Necochea, se la conoce como la mujer que mató por amor. Y eso dijeron las crónicas periodísticas del mes de abril, cuando le concedieron la excarcelación extraordinaria debido a su edad. Hacía 25 meses y 25 días, el 14 de febrero de 1998 –Día de los Enamorados–, había matado de tres balazos a Ricardo Domínguez para ahorrarle el sufrimiento de saber que se estaba muriendo de un cáncer terminal. Ofelia habla desde la casa de su hijo menor, en Merlo, y desde los 30 kilos que aumentó en la cárcel, con un relato fluido y vivaz. Se declara fervientemente devota –hasta fue profesora de religión por muchos años– y, como tal, dice estar en contra de la eutanasia: "Es una barbaridad lo que he hecho, ¿qué pensará de mí la cantidad de gente que tiene a su cargo un enfermo terminal?". Y dice que no lo volvería a hacer, aunque desconfía de la "mentalidad provinciana" que la juzgó duramente porque "no lloraba en el juicio y les parecía fría".

LA DECISION

Una sonrisa y una mirada cansada inician la charla en el comedor de la casa de su hijo menor, en la calle Vidt, de Merlo. En la mesa, un ejemplar de la Biblia, y otro de *¿En qué creen los que no creen?*, de Umberto Eco. "No es para impresionarte, los estoy leyendo", se sonríe. Luego, se sienta a la mesa, apoya sus brazos frondosos y se lanza a hablar. "Qué puede decir uno después de haber hecho macanas", dice, pero ni ella lo cree, durante toda la entrevista hablará a raudales. Lo primero que recuerda es su último encuentro con el médico que trataba a su marido.

Ofelia se acercó al oncólogo con el libro *La invención de Morel* de Bioy Casares en la mano.

–¿Es operable, doctor? –preguntó.

–Ya no.

–Doctor, no le dé el resultado a mi marido –dijo, como un ruego y ofreciéndole el libro. Ella no quería que Ricardo supiera. El oncólogo le puso la mano en el hombro y le contestó, tranquilizador:

–No se preocupe, hasta el viernes que viene no vamos a tener el diagnóstico. Era sábado 14 de febrero, hacía poco más de un mes y medio que a Ricardo Domínguez, de 61 años, se le había declarado un cáncer pulmonar, en la Navidad de 1997. A principios del '98, se internó para hacerse todo tipo de estudios, pero la metástasis se había extendido. El último fue una broncoscopía y le habían dado un alta provisoria mientras esperaban el diagnóstico. "Yo estaba desesperada por pasar ese fin de semana en casa solos y tranquilos y que él no se enterara de que se moría. Y se ve que me perturbé y dije 'que se muera sin enterarse de que se muere'"; para Ofelia no había que esperar ningún resultado para saber que a su marido le quedaba poco tiempo de vida. "Se derretía como una vela", grafica.

Con la ayuda de un vecino, fue a buscar a Ricardo al hospital y lo llevó a la casa, en una zona de playa de Necochea. En el camino hizo las compras para cocinarle bifes a la criolla. "Al salir del hospital, él estaba excitado, me pidió un miorrelajante y se lo di. El estudio fue un atentado, ¡fue tan agresivo! Y él me dijo 'que sea la última vez Ofelia'. Yo no concienticé en ese momento lo que me estaba pidiendo, no sé si me quedó como una orden subliminal, yo no le echo la culpa", dice.

Ofelia ayudó a su marido a recostarse en una cama colegial que tenían en el comedor, le puso unos almohadones en la cabeza y le encendió el televisor. Pero él se durmió. "Yo cociné con los ojos arrasados de lágrimas. Y cuando abrí un mueble vi el revólver, tal como lo habíamos comprado, en un estuche de telgopor", dice. Era un 22 largo, que jamás había disparado una bala y Ofelia no había pensado tocar nunca. Pero lo usó. "Mire, este vestido viejo tenía yo –y muestra una foto en la que luce esbelta, junto a su marido–, ya estaba viejo... y le tapé la cara", por primera vez suelta un par de lágrimas, toma un pañuelo y lo sostiene entre sus manos, en posición de rezo. "El psiquiatra forense se preguntaba si yo quise evitarle a él el dolor de saber que se moría o, como dicen otros, si fue para evitar mi propio sufrimiento. Y, muy tranquilizador, me dijo 'no vamos a ponernos a hilar muy fino, si es casi lo mismo: no podía soportarlo'. Fue muy muy

ADRIAN PEREZ

duro –suspira–. Ricardo era 14 años menor que yo, toda la vida pensé que él me iba a sobrevivir."

De los tres tiros que le dio a su marido, Ofelia no recuerda nada. Su memoria la remite a lo que pasó después. Fue a lo de su vecina Cecilia, con un jabón y una toalla, a pedirle si podía bañarse. Y tres horas después del asesinato, se lo confesó. Luego habló con la policía. Pero antes de que la vinieran a buscar, como si ya no tuviera nada más que hacer en este mundo, empezó a regalar sus cosas: "el lavarropas, la videocasetera.... creí que me moría".

EN LA CARCEL

Ofelia se mueve despacio, como arrastrándose. Lleva un saco gris, llamativamente parecido a lo que indica el imaginario sobre la ropa carcelaria, y una blusa blanca con puntillas. Tal vez adoptó el tiempo de la cárcel, que al principio contaba religiosamente y del que después perdió el control. Ella dice que es el corazón que le está fallando, y que pronto se va a morir. Pero no actúa como una persona que piense morirse. Tiene una lucidez y una corrección al hablar que sorprenden. Y es una relatora fantástica. De hecho en la cárcel escribió diez cuadernos, especie de diario, en los que relata su vida encerrada y la de sus compañeras; y tiene intenciones de publicarlo.

Fue encontrada "plenamente responsable" del homicidio de su esposo y condenada a doce años de prisión. Estuvo un año y medio detenida en la comisaría de Necochea y el resto lo pasó en la cárcel de Hornos, cerca de la ciudad de La Plata. Hasta que la Cámara de Garantías determinó que le correspondía la excarcelación extraordinaria debido a su edad y a su estado de salud: tiene hipertensión y artritis. Ofelia parece de una fortaleza imperturbable. "A mí la cárcel no me afectó mucho", dice, y no se sabe si es porque ya no había nada que pudiera afectarla o por esta fuerza casi innata. En Hornos era la presa de más edad y ella supo cómo hacerlo jugar a su favor. "Por más salvajes que fueran las chicas, mi edad les ponía un límite, me trataron bien, jamás limpié mi celda", relata. Y enseguida la asignaron a la biblioteca, donde cumplía horario de 8 a 18, y hacía lo imposible por conseguir libros de poesías de amor para las "chicas", los más pedidos. Ahí leyó mucho y releyó también, hasta el cansancio, la Biblia.

LA VIDA EN COMUN

Hacía 43 años que vivían juntos y les habían alcanzado sólo dos meses para saber que no podían estar uno sin el otro. Se conocieron un día de octubre de 1955, ella tenía 34 años y él 20, y en diciembre ya se habían casado. "Tenía la diferencia de edad que separaba a Silvina Ocampo de Adolfo Bioy Casares y a la famosa doña Julia del escribidor de Vargas Llosa; ¡claro que él, después que vivió siete años a costillas de la tía, la dejó e incluso la usó, como se dice, para sacarle diez centavos al cadáver de su abuela!", Ofelia se ríe, explayándose en ejemplos de personajes ilustres, uno de los puntos de fuga a los que recurre en toda la entrevista.

Es abogada, autodidacta en literatura e historia del arte y profesora de religión. Y su marido fue toda su vida comerciante. Tuvieron cuatro hijos, de los cuales, paradójicamente, tres están separados.

Ofelia se regodea hablando de su vida en pareja. "Yo consideraba que lo nuestro era una historia bastante linda de amor. Cuando García Márquez publicó *El amor en los tiempos del cólera* me regalaron dos ejemplares, porque la familia nos tomaba un poco el pelo. Sólo me queda el consuelo de que Pérez de Ayala, un gran autor español, dice que todo amor que se prolonga en el tiempo resulta un poco ridículo para los demás. Y lo nuestro era más ridículo que todo porque, indudablemente, éramos muy grandes. Nosotros no éramos cursis como para decirnos 'ay corazoncito', pero se veía que nos queríamos... Creo que las atenciones en una pareja son buenas, mi marido siempre me regalaba flores, por ejemplo, me gratificaba muchísimo".

Llegó un momento, dice Ofelia, en que él ya no podía estar separado de ella, "así que tuve que renunciar a las cátedras que daba en colegios secundarios y le hice de acompañante", dice, como al pasar, y sin dejo de resentimiento pero tampoco de abnegación, como si se tratara de una consecuencia natural del amor.

También casi de soslayo, Ofelia cuenta una anécdota de la cárcel que ilustra claramente la concepción que tenía del matrimonio, como de un lazo inquebrantable. Una compañera estaba afligida porque su marido se había peleado con un hombre y lo había matado y ella se preocupaba por si había querido matarlo o fue sin querer. Entonces, Ofelia dice: "Sus escrúpulos de conciencia no tenían sentido, yo en su lugar hubiera dicho ¿dónde hay que esconder el cadáver, ¡yo no me voy a estar cuestionando ni voy a cuestionar a mi marido!".

"Admiro el amor de mi marido hacia mí –continúa–, a pesar de que yo tenía un gran amor hacia él, porque tenía una capacidad afectiva que no se encuentra en todas las personas. Yo agradezco a Dios porque mujeres mejores que yo no han tenido los homenajes que he tenido. Eso lo sabe mi hijo, él dijo 'si mi madre se hubiera muerto, en lugar de mi padre, él se hubiera suicidado'". Evidentemente, ella es una mujer de carácter. Y desde el principio tuvo el control en la relación. El gritaba, protestaba y ella no le contestaba jamás pero, naturalmente, hacía lo que quería.

Y este último acto, matar a su amor, requería de la firmeza y el coraje que en esa pareja sólo tenía Ofelia. Ella no dudó, sabía lo que tenía quehacer. Y sentía que era la única forma de terminar con el sufrimiento de los dos. Su decisión no fue planificada, dice, apareció de la mano de lo que ella llama "un eclipse psicótico" y después tuvo dos años para arrepentirse. Pero las cosas quedaron tal y como los dos querían, aunque él no hubiera tenido la oportunidad de decidir.

REPORTAJE

Norma Morandini acaba de sacar su libro, *La gran pantalla,* donde analiza con su mirada lúcida, de corte sociológico pero con mucho de personal, a los comunicadores de la televisión desde Neustadt hasta Pergolini. También está estrenando el programa "Paradojas", que va los miércoles a las 22 por Canal 7 y que está dentro del ciclo *Tierra de periodistas.*

La obsesión por las palabras

POR ANGELA PRADELLI

Todavía se pierde por los anchos pasillos del canal 7 pero es comprensible: hace apenas dos semanas que Norma Morandini arrancó con su programa en ese canal. El primer día marcó 2.5 de rating, nada despreciable si se tiene en cuenta que el miércoles anterior, en la misma franja, ATC apenas si superó la marca de 0.3 con la antigua programación. Y aunque ella no quiera ni escuchar las cifras, la gente de la producción se muestra feliz por haber sostenido el rating durante la segunda semana. A cambio de números y cifras, Morandini muestra otras cosas: una tonada cordobesa con la que produce un efecto de encantamiento en los oídos de sus interlocutores y una generosidad provinciana que las grandes ciudades del mundo en donde ha vivido no han conseguido arrebatarle. Le gusta analizar los temas y los comportamientos de las personalidades con una mirada sociológica. No le teme a los años, al contrario, cree que traen cosas nuevas y maravillosas. Y lucha contra los prejuicios. ¿Por qué pelear contra el tiempo –se pregunta– si es una batalla perdida?

–Usted plantea en su último libro, *La gran pantalla*, que la televisión despierta una gran inseguridad, habla incluso de miedos, ¿cuáles son sus temores frente a una cámara?

–Temo el juicio del otro. En nuestro país tenemos el dedo acusatorio siempre preparado para levantarlo. Pero en la televisión no vemos al que está del otro lado señalándonos. He visto temblar frente a un micrófono a políticos, intelectuales, artistas. Creo que, frente a una cámara, todos estamos unidos por la inseguridad y el temor. Hay gente que tiene un gran talento y será tal vez un talento guardado, quizá nunca se anime a mostrar lo que hace porque hay mucha crueldad a la hora de juzgar a los otros.

–Además del temor, la tele muestra otros sentimientos como la vanidad, por ejemplo.

–Es verdad, en la tele también se viven cosas muy incomprensibles. A veces uno ve a una madre que perdió su hijo y a los diez minutos va a un programa de televisión y uno se pregunta: ¿qué pasa? Es una cosa terrible, su dolor es brutal y sin embargo va a hablar a un estudio de televisión. ¿No será que la vanidad es más fuerte que todo? Quizá tenga razón Pessoa, ese poeta enorme que dijo que el que inventó el espejo, envenenó el alma humana.

–Usted afirma en su libro que nuestro pasado dictatorial aún no termina de transcurrir.

–Sí, porque todavía no tenemos una cultura de la tolerancia incorporada como valor. Por eso tenemos tantos dobles discursos en la sociedad. Por un lado piden mano dura para los ladrones pero después cuando la policía muestra toda su violencia se horrorizan sin asociar una cosa con la otra. Creo que no tenemos el valor democrático incorporado. Hace poco tiempo, un grupo de estudiantes de periodismo que vino a verme, se mostró sorprendido cuando afirmé que en democracia no se puede espiar. Los militares nos ponían espías para saber cómo pensábamos. Pero en democracia, espiar es un delito porque todos tenemos derecho a pensar como queremos, a tener la alcoba que queremos, y a rezar como queremos.

–Usted pertenece a una generación que repudió a la tele y se sintió casi una farisea la primera vez que aceptó una invitación de Mirtha Legrand a sus almuerzos. ¿Cómo vive el hecho de pertenecer a esa generación y estar ahora trabajando en la tele?

–Al principio lo viví con bastante conflicto, ahora creo que ya no. Muchas veces los conflictos te impiden actuar y una termina sin hacer ni una cosa ni la otra. Creo profundamente que los prejuicios, la ideología, a veces, te limitan la vida. Porque si una sigue todo doctrinariamente se priva de toda la riqueza que la vida ofrece. Además, la tele para mí, nace por curiosidad. Quería saber cómo era hacer periodismo en televisión. La primera vez fui de puro curiosa, para saber cómo era el medio.

–En el libro usted analiza el tema de la concentración del poder en los medios de comunicación.

–Sí, es un tema que no tuvo debate entre nosotros. Cuando un país tiene una cultura de la legalidad, los fenómenos modernos tienen que adaptarse a ella. En nuestro país nos hemos saltado ese período porque estuvimos enchalecados. Acá lo hacemos al revés: se crea una ley para una práctica ya instalada. Hay situaciones de hecho instaladas que después exigen la ley para legitimarlas. En otros países no es así porque hay una cultura de la ley y eso limita la prepotencia del interés económico. La democracia es una transacción de poderes pero acá hemos sido consumidores sin haber sido primero ciudadanos. En los países desarrollados la gente a través del derecho al consumidor ejerce el derecho a ciudadanía. Nosotros tenemos una sociedad que todavía no se anima a reclamar. Con relación al periodismo, hemos ganado el derecho de decir, que no lo teníamos incorporado como cultura. Hoy son los mismos medios los que denuncian cuando hay injerencia del Estado o de los gobiernos en limitar el derecho a la libertad de prensa, que es la madre de todos los derechos. El periodismo escrito remite a una idea de ciudadanía. En el periodismo de televisión lo que hay no es un ciudadano, sino un televidente que no tiene derechos.

–¿Usted cree que el periodismo gráfico compite con la televisión?

–Sí, pero en primer lugar hay desconfianza entre un medio y otro. Así como hay desconfianza entre los periodistas y los académicos. Los primeros piensan que los académicos son todos aburridos y no saben comunicar, éstos piensan que los periodistas no tenemos nivel y somos todos ignorantes. Y por supuesto, los diarios compiten con la televisión en todas partes del mundo. Los jefes de redacción se preguntan cómo narrar de manera amena y fácil lo que las personas vieron la noche anterior en los noticieros.

–¿Y cómo se hace?

–He pensado mucho en esto y estoy convencida de que llegó el momento de que los diarios incorporen a los escritores a sus redacciones. Porque los escritores han hecho eso siempre: narrar a través de un solo personaje, una única historia, lo que les pasa a todos. Si la novela es la vida privada de la historia y cada vez más la vida privada se ha convertido en noticia periodística, por qué no convocar escritores a los diarios que son los únicos que pueden competir en provocar la emoción que provoca la televisión.

–¿Y cuáles serían los límites del periodista?

–Siempre el límite es el otro, el lector, la sociedad. Y todo lo que el periodista haga tiene que estar en función del otro y no en su propio beneficio.

–¿Y la línea que divide información y delación?

–Acá, en general, cuando alguien dice la verdad en relación a algo que pasa institucionalmente se lo ve como un delator. Fijáte que cuando Balza asume que se delinquió frente a la opinión pública, la corporación militar le dice traidor. Y nosotros nos preguntamos: ¿traidor a quién, a qué? En el periodismo creo que hay que tener una idea superior de bien público, y la información debe servir a esa idea superior y no a los intereses del grupo. Deberíamos servir a la sociedad y no servirnos de ella.

–Usted tiene casi una obsesión por las palabras.

–Sí, es eso, una obsesión. Persigo dos cosas en referencia al lenguaje: hablar bien y que se me entienda. Antes se decía "precipitación pluvial", "manto níveo", "contraer nupcias", quizá porque nos habían secuestrado también las palabras, pero creo que ahora hemos caído en el otro extremo, en las palabras soeces, vulgares. A mí me encantan los sonidos de las palabras, tengo la influencia de haber vivido en España y en Brasil donde hay palabras tan bonitas.

–Usted afirma que las mujeres hemos sido educadas para el susurro.

–Las mujeres nos medimos con el hombre en el espacio más igualitario que hay que es el de la alcoba y allí se susurra. Se ha hablado de la revolución silenciosa en referencia a la revolución de la mujer. En realidad, lo que pasa es que la revolución de la mujer hace ruido en la intimidad y por eso no se escucha.

–Y después aparece el grito para reclamar.

TAMARA PINCO

–Sí, eso está bien, hemos gritado para reclamar pero yo pienso que lo más maravilloso es la argumentación. No utilizar el susurro como seducción, no hay que sacarlo del espacio de la intimidad.

–¿Su mayor deseo en la actualidad es ser escritora?

–Sí, porque yo pertenezco a una generación que reprimió lo artístico. Freud dice que los hijos toman lo que las madres reprimen. La generación de los años 70 parió hijos artistas.

–Sí, pero el hecho de ser periodista hizo que trabajara con el lenguaje.

–Sí, pero yo hice periodismo con un sentido de obligación muy alto por haber sobrevivido a los 70, por tener amigos muertos, por tener mis hermanos desaparecidos. A mí todo eso me marcó mucho, en un sentido muy fuerte de dignificación. Y ahora en cambio, quiero escribir para ser fiel a mí misma, no tener la limitación del lector.

–¿Qué historia le gustaría contar?

–Estoy trabajando en una historia de los años 70 de Córdoba, muy marcada por la tragedia. Traté de hacer una reconstrucción y tomé contacto con la gente. Personas que nunca habían hablado de este tema con nadie y se han ido entregando a mí de una manera muy generosa. Entonces ahora mi obsesión es cómo voy a devolverle yo esa historia a esta gente que me ha entregado lo que más cuesta entregar: su dolor.

–¿Está escribiendo sobre el dolor?

–No, estoy escribiendo sobre la vida. La pregunta que me hice es qué hace la gente con la tragedia. Hay gente que se hace resentida, agria, amable. Los destinos del hombre son todos tan impredecibles.

–¿Y qué valor tiene el momento histórico?

–Un valor enorme. En los años 70, el que dejaba a un hijo para irse a la revolución era un héroe. En los 90, si un padre deja a un hijo por la misma causa, es un loco, un irresponsable, un neurótico. Los chicos que tienen algo más de veinte años hoy, consideran una locura haber dejado a sus hijos por sus ideales. Entonces yo, que tuve veinte años en los setenta, le estoy escribiendo cartas a un joven de veinte años hoy. Eso me permite hablar de mí, ponerme en cuerpo entero. Estoy tratando de decir mi verdad sobre un pedacito de la historia que en términos individuales tuvo muchas verdades. Hay una verdad histórica que es la dictadura, el terrorismo de Estado.

–Historias difíciles.

–Sí, lo más difícil es trabajar el temor y la ira porque mientras existan no podremos narrar cómo se vivieron las vidas privadas dentro de esa historia de horror que fue la dictadura en nuestro país.



TALK SHOW **POR MOIRA SOTO**

Tirarse a la pileta

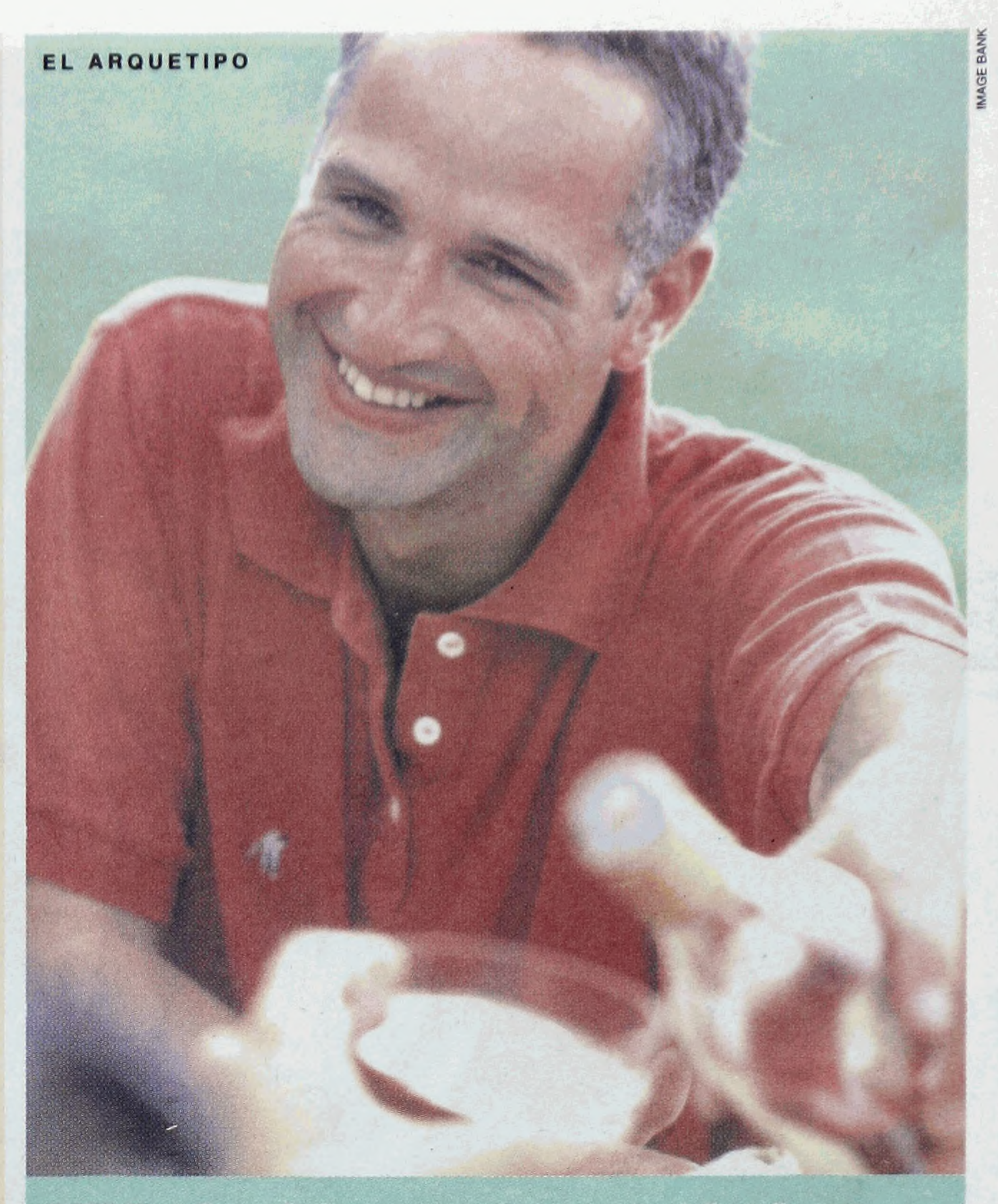
Aunque el delirio –cómico, poético, desaforado– es el mismo que se pudo disfrutar cuando estrenaron en enero en El Callejón de los Deseos, ahora, en la reposición que tiene lugar en el Centro Cultural San Martín, se produce un inesperado plus de bizarría, por así decirlo. Es que en El Callejón, Los Susodichos se encontraban naturalmente con su público, una platea de jóvenes y no tanto, seguidores del grupo que debutó apenitas adolescente, hace seis años; fans que entraban directamente en los sobreentendidos, códigos de una ironía sutil que nunca desdeña cierta extraña ternura.

Pero resulta que en estas fechas y hasta fines de junio, la compañía que conduce con parejas dosis de inspiración y rigor Nora Moseinco, representa la creación colectiva *Marea* en una amplia sala subterránea del desvencijado y –como diría una española– desconchado Centro de Paraná y Sarmiento. Y al enrarecido ámbito cuyo escenario debió ser achicado con paneles amarillos para dar lugar a la playa de ensoñación donde transcurre la obra, hay que sumar un público que, a primera vista prejuiciosa, se diría que se equivocó de espectáculo: señoras con todo el aspecto de jubilación mínima, algún que otro señor perteneciente a la misma franja, que han venido a ver de qué se trata...

Ya en la sala, se advierte que también se han arrimado algunas/os conocedoras/es que nada más empezar *Marea* ya se tientan de risa ante las primeras imágenes de una chica en traje de baño enterizo, capelina y anteojos negros línea 50's, que entabla surrealista diálogo con joven cuyo acento suena a doblaje de antigua serie televisiva ("qué noche artesanal, seamos posesivos", etc.). El chico salió vestido y empapado de una pileta redonda, transparente, de metro y medio de diámetro, y ella lo moja aún más echándole chorros de agua con su boca... Del fondo aparece un bailarín haciendo movimientos clásicos e Isabel se acopla a él. El primer chico, un tanto celoso, se preocupa por ella, "sola, con tanto partenaire suelto". Estamos apenas en el arranque y las risas juveniles van creando un clima chacotero que arrastra al otro público, al que se presumía errado.

Además de libertad, creatividad y agudo sentido del humor para desarrollar personajes y situaciones, Los Susos denotan un entrenamiento que más se querrían para sí intérpretes consagrados y famosos. Son ocho, cinco chicas (Maqui Figueroa, Azul Lombardía, Julieta Gochman, Cecilia Monteagudo, Lucila Mangone) y tres chicos (Ezequiel Díaz, Lucas Mirvois, Federico Vaintraub), que bajo el ala tutelar de Moseinco vienen estudiando y actuando desde la primera adolescencia. Arrancaron en el '94 (*De cómo ni se cuenta...*), siguieron en el '96 con la exitosa *Cosa de varios* y este año están presentando la regocijante *Marea*. Las y los integrantes del grupo no sólo estudian diversas disciplinas y crean espectáculos desde la improvisación, sino que también juntan guita para la producción de sus obras, trabajan en el armado de la escenografía (que en este caso incluye acarrear arena, llenar y vaciar la pileta) y opinan sobre la música, el vestuario, las luces. El resultado es tan incitante y permisivo que más de una dama jubilada acostumbrada a un teatro tradicional debe de haberse sentido impulsada a tirarse a la pileta de sus fantasías, quizá recordando viejos tiempos, para aceptar mejor los tiempos nuevos en los que hay *gente tan talentosamente zarpada como* Los Susodichos. (*Marea* va sábados y domingos a las 20.30 en el Centro Cultural San Martín. Entradas gratis una hora antes en boletería.)

EL ARQUETIPO


IMAGE BANK

El falso servido

POR C.A.

La vida depende de un golpe de dados: el que indica generala doble. O de ganar en "Sorpresa y media". O de que parientes ricos y mayores, en línea de descendencia unos de los otros, fallezcan en hilera y una quede como la heredera inopinada (pero mejor ni pensarlo). Pero sobre todo de que una corriente histórica pero privada, o debida al principio de inercia de un matrimonio de larga data, deje suelto en el mercado de los encantos a un señor todavía en edad de merecer, categoría *bombón añejo-buen pasar*. El bombón se instala en Palermo Viejo, liquida la estética de su PH en una semana de la siguiente manera: lunes: pasea por Morph y adquiere novedades. Martes: compra muebles de campo sacados *realmente* del campo (Verónica, provincia de Buenos Aires). Miércoles: se hace reciclar vetusteces en lo de Cayetano Visentini. Jueves: recupera recuerdos de infancia con algunos objetos de *Belleza y Felicidad*. Viernes: compra un cuadro de Gumier Maier. Sábado: duerme todo el día porque está deprimido. Domingo: sale con los chicos y pasa la noche con ellos en un colchón porque todavía no le entregaron la cama. La información nos ha llegado por una amiga íntima (X) que tiene una empresita que enmarca cuadros y pasó por su casa para ofrecerle un trabajito. El lunes lo encontramos por casualidad en un lugar inesperado: una casa de cotillón. Está comprando platos y vasos de cartón porque, según explica, se olvidó de comprar vajilla. Nos invita a comer a su casa. Vino malo, comida china comprada a la vuelta, ¿snobismo o desinterés? Cuenta con detalle su separación que en realidad, *en los hechos* se había realizado dos años antes. ¿Duelo? Ya lo pasó. Entonces, preguntamos con imperdonable estupidez ¿por qué estuvo deprimido el sábado? Se sorprende. ¿Cómo lo sabés? Me enteré –rubor– por un comentario ocasional de X. Me perdí de comprar un Constantin Guys en un remate. Salió a un regalo. Pero, no llegué, qué lástima. Por eso me deprimí, además estaba agotado. ¡Qué semana! ¿Quién es Constantin Guys? No lo preguntamos. De pronto dice "bailemos". Bailamos. Beso de veinte minutos pero raro, se diría como estético, en la sien. Se abre la puerta y entra la hija menor y un caniche. La madre tuvo que salir. ¿Puede quedarse a dormir? El pone cara de contrariedad. Después la abraza y por sobre la cabecita con trenzas nos mira de profundis. Nos vamos. Te llamo. O te llamo yo...

Cuatro finales posibles: 1) el martes X nos cuenta que lo vio en La Biela con una menor de 22. La agarraba de la mano. Luego los dos subieron a un auto lleno de valijas. En el techo *había una canadiense;* 2) X dice que en la casa de cotillón también se había comprado una peluca plateada –se lo contó cuando ella fue a entregar los cuadros–; 3) X ha confirmado (fue a cobrar los marcos) que había dormido con su ex mujer. Ahora son amantes.